

JUGANDO CON LA PALABRA

[MESTIZAJE CULTUR

[Jorge Díaz]

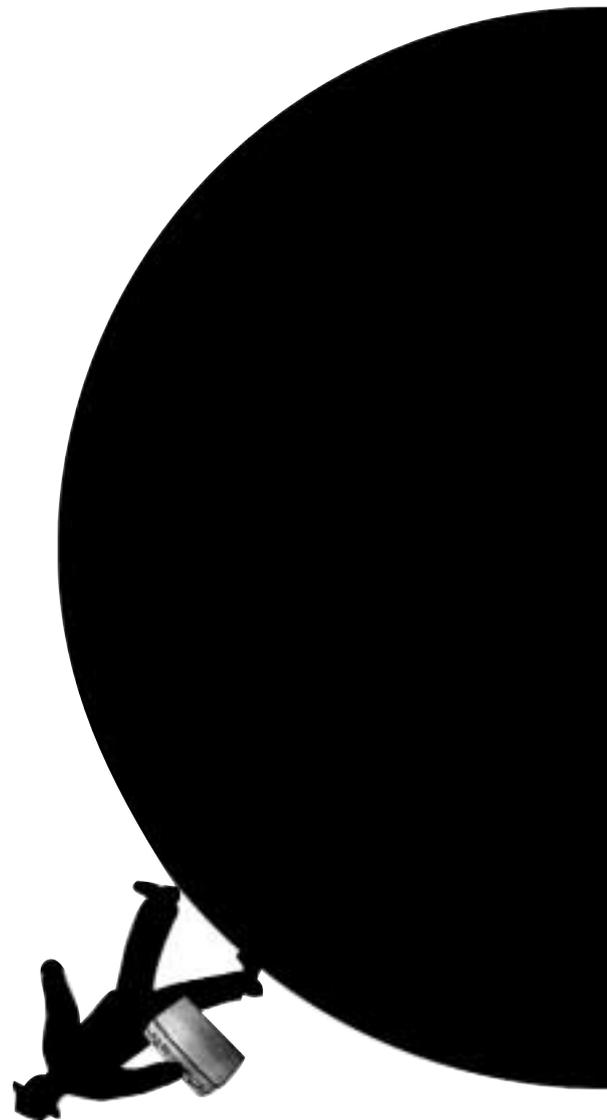
Era el verano de 1958. Estaba en el interior de una casa de piedra típica de los campesinos de la costa occidental de Asturias. En la planta baja, los animales y, sobre ellos, aprovechando su calor, la vivienda. El caserío se llama Mernies y pertenece a Valdepares, aunque queda junto a Viavélez (por cierto, lugar de nacimiento de Corin Tellado). Miraba por una estrecha ventana y veía un horizonte de maíz, hierba y al fondo, el mar. Desde el interior oscuro, tibio, cerrado, el mar parecía un camino hacia cualquier parte: el mar abierto invitaba a la fuga. Y pensé que muchos veranos mi padre habría mirado por esa ventana y habría pensado lo mismo, hasta que un día se marchó y cruzó el Atlántico, más allá del maíz, de la hierba, de la arena. Porque ese verano de 1958 yo estaba en la casa donde había nacido mi padre, donde mi abuelo había vendido carne y donde mi abuela había cultivado el huerto de berzas y patatas.

Habían pasado 50 años desde que mi padre se marchó de allí con su hatillo para embarcarse en Gijón. En Argentina se casó con una muchacha vasca y tuvieron cuatro hijos. La depresión económica de los años 30 (justo el año que nací yo) los empujó a Chile y allí murió.

Yo regresaba ahora y miraba por el ventanuco imaginando los pensamientos de mi padre durante los largos veranos de siega y trasiego.

Quizás fue entonces, en la oscuridad de esa habitación con el olor a los animales pegado a las piedras, que decidí quedarme en España definitivamente. Por supuesto, esa decisión era un disparate, y así lo tuve que oír una y otra vez en boca de mi familia, de mis amigos.

Yo era un brillante arquitecto y profesor auxiliar en la Universidad Católica de Chile. No quise pensarlo, me dejé llevar



EN LA TIERRA DE NADIE

AL Y MULTIARRAIGO]



por el impulso. Y me sobrevino la amnesia parcial: me olvidé de la arquitectura, de la universidad, de mis afectos.

Y empecé el largo camino del regreso a mis raíces: nuevas claves culturales, pero sobre todo, aprender la nomenclatura, el vocabulario de una nueva y maravillosa comunicación.

Este regreso lo he hecho a través del teatro. Primero, recorriendo España con un grupo independiente de teatro y desde hace algunos años, escribiendo solo, frente a un ventanuco imaginario que da al mar.

Oscura y misteriosamente siento que conmigo volvió mi padre a Valdeparees y mi madre a su Donosti natal y que yo he retomado un cauce de la sangre y puedo continuar un diálogo interrumpido temporalmente.

Durante un tiempo la base de mi ansiedad fue el cuestionamiento permanente al que sometí a mi propia identidad. Nunca he creído seriamente que uno sea dramaturgo como se es rubio o calvo. He escrito teatro durante 40 años, eso es todo. Pero he vivido treinta años fuera del teatro y los que me queden probablemente, los pasaré ligado al lenguaje más que al teatro.

Podría haber formado parte de un equipo de urbanistas (y de hecho, lo fui), o de publicidad o de la redacción de una revista o periódico. Todo fue accidental, circunstancial, excepto ciertas compulsiones muy generales hacia el lenguaje y hacia los signos en el espacio. Nada que pueda definir, por sí mismo, a un dramaturgo.

Respecto a mi condición de latinoamericano, no tengo más remedio que subirme a las ramas de mi árbol genealógico a buscar los nidos del lenguaje.

Mi padre, campesino asturiano de la zona occidental fronteriza con Galicia, (la ría del Eo), se cansó un día de ver llover (aunque luego lloraría de nostalgia recor-

He vivido treinta años fuera del teatro y los que me queden probablemente, los pasaré ligado al lenguaje más que al teatro.

Mi ansiedad culposa por no encontrar la definición de mi identidad ha dado paso a una jubilosa lucidez: no soy un desarraigado, soy un multiarraigado.

dando esa lluvia) y se marchó a «hacer las Américas». Se casó en Argentina con una joven donostiarra, cuya familia procedía de Idiazábal. Mi padre se tragó pudorosamente su bable agallegado y mi madre su euskera castellanizado. En Argentina nacieron sus hijos y adaptaron su lenguaje. (A los 100 años mi madre cantaba todavía canciones en euskera).

Muy a su pesar, mis padres abandonaron tristemente Argentina en 1934. Yo tenía cuatro años y recuerdo con pavor las cumbres y los precipicios, al cruzar la cordillera de los Andes hacia Chile.

Mis padres no se adaptaron nunca al nuevo país. Añoraban Argentina y sus mares de trigo y, naturalmente, España y sus tierras lluviosas y verdes. Se encerraron en sí mismos. Nuestro hogar era un territorio cerrado, aparte. Ni frecuentábamos los círculos burgueses de los españoles prósperos, ni tampoco teníamos comunicación fluida con las familias chilenas del barrio. Eramos tránsfugas con vidas provisionales. En cuanto empecé a darme cuenta de las cosas, me sentí desclasado y desenraizado. No asumía como propia ninguna de las claves culturales de mi alrededor.

En cuanto a mi tercera señal de identidad, la condición de exiliado voluntario, las cosas son aún más ambiguas. El desarraigo es muy común en cierta burguesía latinoamericana, que sobrelleva mal la insularidad, la marginalidad de una cultura europeizada fuera de contexto. Se sufre la compulsión permanente de la huida.

En 1965, cuando llegué a España, yo también venía huyendo. Huía de la arquitectura (profesión en que trabajaba y de la que estaba harto), huía del entorno familiar y social que me sobreprotegía y huía también del teatro (la primera, de varios intentos de desertión que he perpetrado). Si buscaba raíces vivas no las encontré. Mi

abuela vasca, que hacía quesos en Idiazábal, estaba enterrada en Argentina; mi abuelo asturiano, que era carnicero en Vialélez, había muerto y, por último, la rama de mi abuelo de Jaén se pierde en el olvido de olivares anónimos. Creí entonces, que yo era tan extranjero en España como en Chile, como en Argentina. El canto del idioma, el relampagueo secreto de las palabras, se me escapaba en todos los sitios. Excepto, quizás, en Madrid, porque Madrid es una torre de Babel, un horno crematorio de acentos y culturas: la playa donde van a parar los restos de todos los naufragios. Y, sin embargo, guardo secretamente mis confusas señas de identidad en rincones de infancia. En este sentido, asumo lo que ha escrito Manuel Vázquez Montalbán: «La patria de cada uno es la infancia en el sentido moral y cultural. En el sentido físico, las cuatro esquinas del barrio en que se ha meado de niño y se ha visto crecer la hierba»... Esas cuatro esquinas están en el barrio de San Miguel de Santiago de Chile. Pero luego me apropié de otras esquinas tan entrañables como aquellas y vi crecer la hierba en otros páramos.

Sin embargo, a pesar de nuestro amor correspondido, entre España y yo habrá siempre un matiz, detalles que te advierten —por si lo has olvidado— que eres sapo de otro pozo. Como canta María Elena Walsh: «Sapo que cambia de aljibe siempre es sapo de otro pozo»...

Mi ansiedad culposa por no encontrar la definición de mi identidad ha dado paso a una jubilosa lucidez: no soy un desarraigado, soy un multiarraigado. No soy un apátrida. Mi patria es el lenguaje: un lenguaje surgido de un mestizaje cultural que hoy bendigo y trato de contaminar aún más a través de mis itinerancias permanentes, mis mejores afectos, mis nuevos descubrimientos. ■

Visita nuestra web
www.aat.es